









No hay que  
hablar mucho





NO HAY QUE HABLAR MUCHO

LUCAS SÁNCHEZ



PLA//ON & BARTLEBOOM

**PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026**

**© del texto, Lucas Sánchez, 2026**  
**© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026**  
**Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD**  
**28045 Madrid**

**ISBN: 978-84-10483-42-2**

**DEPÓSITO LEGAL: M-4695-2026**

**THEMA: FBA**

**DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira**

**IMAGEN DE CUBIERTA: Archivo personal del autor**

**MAQUETACIÓN: María O'Shea**

**CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo**

**IMPRESIÓN: Kadmos**

**El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.**

**IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN**

# Índice

1. ENTRANTES	15
2. SEGUNDOS PLATOS	67
3. CAFÉ Y POSTRES	121



*Para Tomeu  
por quedarse siempre*

*Para Maritere y Luiyi  
por el amor y el ejemplo*

*A Aina  
por volver*



Hoy inventé este chiste:  
Cuando grande voy a ser un personaje secundario,  
le dice un niño a su padre.  
Por qué.  
Por qué qué.  
Por qué quieres ser un personaje secundario.  
Porque la novela es tuya.

ALEJANDRO ZAMBRA  
*Formas de volver a casa*

Entiendo al fin que era emoción lo que se oía  
en la voz interrumpida de mi padre:  
miedo a que me cayera,  
aun sabiendo que eran cortas las caídas.

ANA LUÍSA AMARAL  
«Aprendizajes»

No es mi culpa que tu padre sea un cobarde.

CRUZ CAFUNÉ  
«Turbo»



## 1. ENTRANTES

Esta historia empieza con un pitido de coche y acaba con un porro. Entre medias pasa mi vida y pasa la de mi padre, aunque, en realidad, sólo sea una comida más de cumpleaños. Desde que murió Candela, mamá, aunque por alguna razón nunca la llamé mamá y siempre la llamé Candela, celebro mi cumpleaños comiendo con mi padre. Salvo cuando estuve viviendo en Chicago, claro, que lo eché de menos sin saberlo, sin pensarlo, sin quererlo. Sin darle importancia.

El día comienza con una coreografía que tenemos perfectamente ensayada: yo me siento en mi sofá, mirándome en el reflejo de la ventana, pensando en cuántos años faltarán para que me quede definitivamente calvo; él, sin apagar el motor, aparca sobre la rampa de garaje del edificio y pita, una y dos veces, hola, he llegado; yo finjo sorpresa, aunque nadie me vea, agarro mi chaqueta y bajo corriendo las escaleras. Qué pasa, Marce, le digo al subirme. Porque a papá tampoco le llamé jamás papá, siempre fue Marce. Él sonríe. Yo le hago sonreír. Su coche, un viejo Camaro rojo, a veces, también.

—Felicidades, Leni —me dice, y su sonrisa es tan genuina que casi parece una carcajada. Sin dejarme responder, cambia de tema—: Odio los días así. Grises pero sin frío. Con

bochorno. Son agobiantes, es como si alguien nos hubiera puesto un techo.

Nunca ha necesitado pie para hacer ese tipo de comentarios. Tiene esa cualidad propia de los que viven en silencio: no se cansa nunca de hablar, pero habla poco, de manera rota. Es un grifo mal cerrado que, a estas alturas, por suerte y por desgracia, ya nadie va a cerrar. Le miro y le devuelvo la sonrisa, pero él ya está mirando por el retrovisor, dando marcha atrás.

Vamos camino de un restaurante que antes presumía de estrella Michelin y ahora farda de haberla perdido: el placer de rechazar la oferta. Bajaron el nivel de exigencia, bajaron el afán de innovación, bajaron también los precios; aunque por menos de cincuenta euros por persona sigue siendo imposible comer. En ese proceso, olvidaron para siempre los menús degustación y crearon una carta de diez platos que iban cambiando según temporada y según le apeteciera a la cocinera, Marisa. Pero creo que ninguna de esas razones explican por qué celebramos siempre ahí mi cumpleaños: sí, se come bien; sí, todos los ingredientes son locales y de proximidad; pero a mi padre le encandila el hecho de que le conozcan y le reciban con una palmada en el culo al entrar.

Llegamos a un pueblo que, como casi todos en la isla, está compuesto de cuevas marrones y de persianas verdes. Aparca en un sitio tan estrecho como la calle y entramos al restaurante. Es un viaje cromático: nuestra mesa está en un patio blanco como el talco, con un olivo central en torno al cual se arremolinan los comensales.

—¿Cómo estás, rey? —le saluda Francis, la camarera y hermana de Marisa, palmeándole el culo.

—Sin reino, pero con heredero al trono, que hoy cumple años. —Se ríe con ironía—. ¿Tú cómo lo llevas, reina? ¿Ya está escondida en la cocina la Mari?

—Pues claro, está cocinando. Te crees que abrimos sólo para ti... —Negando con la cabeza y sonriendo con los labios—. Anda, ya sabes cuál es tu mesa, ahora voy y os tomo nota. Y felicidades, chiqui. ¿Cuántos son ya?

Se dirige a mí, y me sobresalto. Por alguna extraña razón no esperaba tener que interaccionar en mi cumpleaños. Soy de naturaleza optimista.

—Veinticinco. Sí, eso, veinticinco. Ya veinticinco. —También tengo un don a la hora de reaccionar rápido.

Francis me guiña un ojo y desaparece tras la barra. En la salita previa al patio vuelve a predominar el blanco, el suelo es blanco, las paredes blancas, la barra de madera blanca. Todo el local parece estar pidiendo una tregua. Una pintada, entre hippie e infantil, con cada letra de un color, la rompe: *Imagine*. Hippies gourmet. La veo atravesar una puerta que da a la cocina y escucho, como quien escucha un recuerdo, el anuncio que le hace a su hermana: ya están aquí el Marce y su hijo. En el patio, mi padre me espera con su media sonrisa melancólica, su pose por defecto, su cara de circunstancias. Esto ya lo he vivido. Y qué maravilla: la rutina es un conjuro contra el desastre.

—Sigues sin querer sacarte el carné de conducir, ¿no? —me pregunta, ya sentados en nuestra mesa.

—Creo que no. Además, a estas alturas sacarse el carné es cargarse el planeta. —Llevo tantos años postergando el examen que finjo ser ecologista cuando, en realidad, sólo soy un vago.

—Pues yo aprobé el examen de conducir a la primera.

—Ya lo sé, Marce.

—¿Pero sabes que lo calé? ¿Y sabes qué hice, qué hice después de calarlo para conseguir aprobar?

—¿El qué?

—Pues lo volví a arrancar. —Y me mira con orgullo, con efervescencia.

Cuando mi padre se sacó el carné, los Rolling Stones ya habían perdido a uno de sus miembros por sobredosis y los Beatles ya habían decidido separarse. Pero ninguno de esos eventos le cambiaron la vida; supo de ellos, escuchó las noticias de la boca de su amigo y vecino Manolo, pero no alteraron su día a día. En cambio, él siempre habla de aquella manifestación, de la única vez que tiró un cóctel molotov, incluso dos, porque la policía había asesinado a un chaval: lo habían tirado por la ventana. Y ese joven podría haber sido él: podrían haberle detenido repartiendo panfletos de un partido pretendidamente revolucionario, haberle metido en una lechera, apalearlo hasta dejarlo moribundo, tirar su cuerpo sin vida por la ventana de un séptimo piso y vender a la opinión pública su suicidio. Podría haber sido él, sí, pero sólo si mi padre no fuera tan vago como lo soy yo.

—Pues casi quemamos la facultad de Derecho. —Aunque es cierto que aquel día no le pudo la pereza.

A veces era Manolo quien impedía que saliera de casa, llamando al timbre por las tardes con los brazos cargados de vinilos. Hijo único de abogado, tenía la posibilidad de acompañar a su padre en sus viajes a Londres y traerse consigo las novedades musicales que tardarían unos meses más en llegar a Madrid. Creo que esa era la única ventaja familiar de la que disfrutaba: intuyo que era un niño mimado de dieciocho años que volcaba en la música las frustraciones propias de una vida capada por la sobreprotección y las expectativas paternas —¿aunque no está toda biografía remachada por esa última razón?—.

Se juntaban en el pequeño cuarto de Marce, cuya puerta se encontraba a mano derecha inmediatamente después de

entrar en el piso de mis abuelos. Un escritorio bajo el que las rodillas se limaban, un armario empotrado que escondía una cama y dos sillas de apariencia escolar: ese era todo el mobiliario que había. Una marca, un cambio de tono en la pintura amarilla genista de la pared desvelaba que antes, en ese lugar, había un sofá para las visitas; porque, antes, esa habitación era usada como recibidor. Recuerdo cómo me contaba, en una de nuestras visitas a los abuelos, que allí se sentaban durante horas a escuchar música en silencio; que fumaban asomándose a la ventana que daba al patio interior, con la ropa recién tendida como paisaje; que, en ocasiones, lo único que hacían era aburrirse juntos.

—Unos días después de aquella manifestación...

—¿Del incidente molotov? —Así me gusta llamarlo a mí.

—Sí. —A él creo que no tanto.

—Vale.

Unos días después de aquella manifestación, se ve que apareció Manolo con un solo disco. Y eso era raro: tres eran la norma. Sin decir nada, comenzó el ritual: lo sacó con sumo cuidado de la funda, lo alzó y lo examinó bajo la luz del techo, lo cepilló como si lo acariciara, y lo puso en el tocadiscos con actitud grave. Lo dejó sonar unos minutos antes de lanzar un comentario que seguramente traía ensayado de casa:

—Es muy raro. Este sonido tan tradicional, tan folk... hace nada estaba con la guitarra eléctrica, tocando rock y poniendo a todo el mundo en su contra. ¿Y ahora esto? No lo entiendo.

—Parece música de vaqueros —le replicó Marce—. ¿Te importa grabármelo en una cinta?

—No, claro que no, esta noche te la traigo. ¿Estarás en casa?

—No lo sé. —Clavó la mirada en la portada del vinilo—.

Bueno, estaré. Pero me gustaría no estar.

Se formó un silencio incómodo: Manolo siempre evitaba las conversaciones íntimas y mi padre siempre fantaseaba con ser un vaquero.

—Mira cómo sonrío: con su sombrero, el cielo azul a su espalda y la guitarra en su mano. Un *cowboy* feliz. ¿Qué más se puede pedir? —Todavía no había levantado la mirada de la carátula.

—Pues ha estado desaparecido un tiempo. Se ve que tuvo un accidente de moto y se aisló de todo el mundo; casi tres años sin dar señales de vida, sin sacar música ni dar ni un concierto. Justo cuando estaba en la cresta de la ola. Ya es mala suerte. Creo que también ha tenido tres hijos.

—¿Tres hijos en tres años? Joder, ¿con quién?

—¿Con quién va a ser? Con su mujer, con la que acababa de casarse.

—Manolo, a eso no se le puede considerar mala suerte.

Enamorarse es siempre una forma de escapar: de uno mismo, de tu familia y entorno, hasta de un lugar geográfico. Menos mal que los enamorados, como Marce en aquel momento, no meditan mucho sobre su condición y se limitan a ejercerla.

Escuchó el grito ronco de la madre de Manolo proveniente del rellano, a su amigo cerrando la endeble puerta de su habitación tras despedirse, a dos de sus hermanos pequeños pelearse por un tebeo, todo como quien asiste a una función teatral. Según mi padre, era un jueves por la noche, aunque entre la marihuana y la edad no sé si su memoria es fiable. ¿Qué tocaba mañana? Otro desfile de macarras en el instituto España, ayudar a su madre con la compra, ir al banco de enfrente a esperar, pero ¿el qué? Escuchó el llanto de su tercer hermano desde la cuna, a ese no se podía asistir como espectador, así que se levantó, se deslizó por el descansillo, el salón, el pasillo y llegó al cuarto de sus padres.

—Si es que no se puede tener hijos siendo tan mayores... —Con su hermano en brazos, comenzó a arrullarle—. Cuando yo me vaya, no les echéis la culpa por nada. No vale la pena, Damián. Sólo los imbéciles culpan a sus padres de su infelicidad.

Damián, adormilado y con apenas un año, jamás se acordaría de ese momento, y él aprovechó la futura desmemoria infantil para esconder un taco de papeles debajo de su diminuto colchón.

—Quedaba poco más de un mes para acabar el curso y todavía había profesores que no se sabían mi nombre. Yo ahí trataba de no ser nadie: me sentaba en mitad de la clase, ni delante ni detrás, haciendo el menor ruido posible. Pasar inadvertido siempre fue mi virtud —me dice con tono socarrón, confirmándome que mi mediocridad es genética.

No es que sus profesores fueran indolentes, sino que tenían prioridades, o problemas, más acuciantes. Marce salía de clase y contemplaba en la puerta del instituto lo que, para mí, no es más que un cliché tan repetido como irreal: macarras y quinquis, navajas y jerséis, jirones y alguna cicatriz. Ese día había dos protagonistas: uno era hijo de un gris y estaba acostumbrado a expresar su sutil paleta de emociones con el lenguaje binario de los golpes; el otro, huérfano, se había criado en la remota aldea asturiana de sus abuelos y ahora no estaba dispuesto a dejarse amedrentar por andobas capitalinos; ninguno, desde luego, tenía interés en volver a casa. Él pasaba sin mirar, escuchando como se escucha el pitido de un coche, con morbo y la esperanza de que no se dirija a ti. Esta vez iba con prisa porque había quedado con Candela, mi madre, y tenía sólo dos horas hasta que ella saliera de natación. Llegó a casa. Hizo sus tareas todo lo rápido que pudo. Tragó lo que había cocinado su madre como si fuera una papilla.

Y se marchó al banco a esperar, con el intestino convertido en un cabo náutico.

Sentado, alzó la vista. A su izquierda, la plaza de Cristo Rey, con su nombre maldito y su mal presagio; a su derecha, Candela y su caminar flemático, dirigiéndose hacia él.

—Metía ligeramente las puntas de los pies hacia dentro al andar, qué bonita y qué mona y qué maravillosa era, Leni. —Sí, Marce: minucias de las que uno se enamora porque pasan desapercibidas para el resto, o eso queremos creer—. Pero ese día había algo raro en ella, estaba inquieta, se tocaba mucho el pelo, detalles que uno nota cuando conoce mucho a una persona...

Según mis cálculos, todavía ni siquiera se habían acostado juntos, así que no sé cuánto la conocería, pero Candela estaba nerviosa: tenía la sensación de que la estaban siguiendo desde que había salido de natación.

—Le pregunté si estaba segura, porque igual sólo caminaban en su misma dirección... —El miedo disfrazado de paternalismo—. A lo que tu madre respondió: «claro, ¿tú te crees que soy tonta?».

Volvió a alzar la vista y confirmó que, efectivamente, Candela no era tonta.

—Vámonos a mi casa —le ordenó.

Pero al levantarse del banco, doblar la esquina y enfilear su calle, vio a unos hombres uniformados que le obligaron a corregir el lugar de destino.

—Vámonos a la tuya.

—Por un lado, venían esos fachas con poca autoestima que luego se harían llamar Guerrilleros de Cristo Rey, que habían seguido a tu madre para ver si me pegaban una paliza. Ya habíamos tenido un encontronazo con ellos unos días antes en la universidad, cuando protestábamos por el asesinato de aquel chaval. Nos dijeron que se había suicidado, y los cerdos del ABC

publicaron páginas de su diario personal para justificarlo: que si estaba deprimido, que si estaba celoso de su mejor amigo... —Otra vez el silencio, el grifo atascado en busca de agua—. A veces la vida es sólo lo que ves, lo que tienes delante, y cuesta soportarlo.

Mi padre se queda mudo y yo me quedo solo, como siempre que él se calla. No conozco silencio que transmita mayor soledad que el suyo. Se acerca Francis, la camarera, con el entrante, una coca de verduras y sardina ahumada, con acelgas, espinacas, *grell* y *tap de cortí*. Algo típico de aquí. «Os la he partido en cuatro trozos, así no os peleáis», nos explica mientras nos guiña un ojo. Marce se lo guiña de vuelta, aunque es evidente que no ha escuchado nada de lo que ha dicho. Francis lo sabe y, mirándome a los ojos, me hace una mueca complaciente que debería producirme una simpatía que no alcanzo a sentir. Veo que mi padre está a punto de llorar, su cara mansa y sus emociones mudas, puente sobre aguas turbulentas hasta que este se rompe. Pero no se rompe. En cambio, extiende su mano y agarra la mía, formando una pinza con sus dedos índice y pulgar, apretando mis dedos, delicado pero firme, como un alicate cariñoso. Así me agarraba de pequeño. Así agarraba a mi madre.

—Y por el otro, entrando en el portal de los abuelos, estaban los de la Social. Ahora que lo pienso, creo que ese fue el comienzo de una de las mejores épocas de mi vida —sentencia.

Candela vivía un poco más lejos, por eso ir a su casa no había sido la primera opción. Ahora tenían que caminar mínimo cinco minutos, si iban rápido, en dirección a Argüelles. Poco, poquísimo, en otras circunstancias; mucho, muchísimo, en estas. El tiempo y su manida relatividad, la flecha que nos atraviesa para que la vida tenga orden. Pasaron por delante de El guarro, que era un bar con otro nombre que nadie recordaba nunca, y a Marce le

pareció reconocer a una persona en la barra, comiéndose una lata de zamburiñas y bebiéndose un quinto de cerveza.

Sin soltarse de la mano en ningún momento, la pareja se paró y decidieron entrar al unísono. No me queda claro quién protegía a quién, quién acompañaba al otro, quién se resistía a dejar sola a su pareja. Porque, en el fondo, Candela ya no pintaba nada ahí, a ella la seguían por culpa de Marce, para encontrarle, para meterle miedo. Candela sólo tenía que decirle «me voy, estoy asustada» y darle un beso, y él lo entendería e incluso la animaría, «vete a casa y no salgas en unas horas por si acaso», diría, complementando el beso con un abrazo. Pero nada de eso ocurrió: entraron juntos a El guarro, cogidos de la mano, los dedos de ella en la pinza de los suyos. O eso me gusta imaginar.

Sentado en la barra estaba Dani. Mi padre sabía perfectamente quién era; de hecho, había pasado junto a él a la salida del instituto y le había escuchado gritar palabras raras que le sonaban, como *babayu* o *mazcayu*; y que, a juzgar por la agresividad y la saliva, debían ser de todo menos bonitas. Dani, por su parte, sabía quién era Marce, pero no sabía su nombre. En un despliegue de talento, mi padre había conseguido lo impensable: no ser nadie y, aun así, que alguien te quiera pegar una paliza.

—Hola, Dani. —Su prisa se vio interrumpida por su timidez.

—Hola —respondió conteniéndose, seguro, las ganas de decir: ¿y este tiene novia? Ver para creer.

—¿Cómo estás?

—En peores garitas he hecho guardias. ¿Y tú? Bueno —corrigiéndose—, ¿vosotros? ¿Qué queréis?

Mientras le ponía al día atropelladamente, la brigada político-social registraba su cuarto. Encontraron muchas cintas grabadas, cortesía de Manolo; varios libros, porque casi le gustaba más comprar que leer; y unas pocas cartas, demasiado

cursis para el profesional gusto de los policías. Mi abuela, la madre de Marce, la ruda y lozana doña Rosa, no se cansaba nunca de contarnos la anécdota; era uno de esos éxitos que el público siempre le pedía en las reuniones familiares. Atenta a los quehaceres disruptivos de los agentes, desde la cocina y con Damián en brazos, mi abuela refunfuñaba: «menudos gilipollas, mi hijo no ha hecho nada, es el más responsable de todos, le doy el monedero para que haga la compra y no me coge ni una peseta». Y subía el tono: «NI UNA PESETA, OYEN, NI UNA PESETA. No como los otros dos, que acaban de entrar en la edad del pavo y más me vale tener contada cada moneda, y no, eso no puede ser: el que quiera peces que se moje el culo. ¿O NO ESTÁN DE ACUERDO? QUIEN QUIERA DINERO QUE SE MOJE EL CULO. Aunque ustedes tienen pinta de no haberse mojado jamás ni los tobillos... ¡Estómagos agradecidos!». Damián, por más que le meciera al son de la diatriba, estaba despierto: en silencio y sin atreverse a llorar.

Marce estaba seguro de que si llegan a encontrarle en casa, le hubieran detenido. Detenido y pegado. Daba por hecho que la Social registraría su habitación y que, al no encontrar nada, continuarían revolviendo el resto de la casa. Asumía que, antes o después, encontrarían los panfletos escondidos bajo el colchoncito de Damián. Tenía la certeza, sumada a alguna que otra prueba empírica —ese pobre chico universitario—, de que de ese viaje era imposible regresar intacto.

—Yo estaba convencido de que era mejor que me encontraran los de Cristo Rey; al menos, con ellos, me ahorra la detención. Y que te detuvieran volvía a dar mucho miedo.

—Pero siempre dio miedo, ¿no? —le pregunto. No entiendo su uso del verbo «volver».

—Sí. Pero se te olvida. Y luego te lo vuelven a recordar.